

Dos basureros y una posesión satánica: casi de la vida real

Alejandro Suárez*

*Embajador (s.p.). Director de la Academia Diplomática del Ecuador.

En mis largos años como profesional de la psicología me he encontrado con innumerables casos, algunos muy serios, otros ridículos, pero pocos tan curiosos como el que me tocó atender hace varias semanas y del cual creo que se podría sacar algunas lecciones, entre otras la de que la idiotez humana ciertamente no reconoce límites. Desafortunadamente el caso tuvo una víctima y eso lo vuelve también serio, no obstante que sus características ofrecen un invalorable material para lo risible.

Era un día más en mi consultorio cuando, al ingresar en él, mi secretaria me anticipó que había llegado sin cita previa un personaje un tanto insólito, que buscaba con urgencia la asistencia de un profesional de la psicología o, por último, de un sacerdote según había declarado a mi asistente explicándole que la naturaleza de su caso también podía asimilarse al de una posesión satánica.

En la salita de espera estaba, efectivamente, un caballero correctamente vestido, hasta se podría decir elegante, pero en una actitud que saltaba a la vista como irregu-

lar. La reconocí de inmediato; era un evidente estado de stress precatatónico: casi inmóvil; la mirada fija, extraviada en cualquier parte; la boca entreabierta y esporádicos movimientos de una de sus piernas.

Como afortunadamente no había hecho citas para esa mañana, invité de inmediato al personaje a que pasara a mi consultorio y se acomodara en el clásico sillón desde el cual los pacientes de los psicólogos suelen desahogarse para tratar de librarse de sus tormentos y desembarazarse de sus fantasmas. Sin tomarse la molestia de agradecer, el caballero se acomodó en el sillón y comenzó a hablar.

«Doctor –me dijo– debo advertirle que no estoy del todo seguro sobre si lo que voy a narrarle ocurrió realmente o es fruto de mi imaginación».

«No tenga cuidado –le respondí– estoy acostumbrado a enfrentar tanto lo real como lo imaginario. Para eso estamos los psicólogos».

Y el hombre empezó su relato.

«Soy el director de una agencia en un importante organismo del Estado, al que me he vinculado recientemente. Me considero una persona responsable y con las mejores intenciones, mire usted. De manera que me propuse desempeñar mis labores con honestidad y eficiencia. Me tocó estructurar y organizar la dependencia de la que me hice cargo, para lo cual, obviamente, debía cumplir con todos los requisitos y procedimientos que la ley y los reglamentos establecen para las instituciones del gobierno. En ese proceso, tuve necesidad de contar con dos basureros». En este punto, el personaje experimentó una visible convulsión que me puso en alerta sobre otra condición que, evidentemente, mostraba mi paciente: la los que los sicólogos denominamos «disociación locativa», que estudió extensamente el profesor Ernest Lowhenheck, de la Universidad de Basilea.

El hombre se recuperó de inmediato y prosiguió: «Solicité los basureros a la dependencia correspondiente y me respondieron que no los tenían, que debía pedirlos a la Dirección de Bienes Administrativos. Seguí la indicación y tomé el teléfono para comunicarme con el responsable de esa dependencia. Me explicó que podía iniciar el trámite para adquirir los bienes pero que para eso debía primero solicitarlos y contar con la respuesta de que no habían en existencia. Ya lo hice, mencioné, y me informaron que efectivamente no los tenían. Es que debe solicitarlos por **QUIPUX**, me dijo el funcionario».

En ese momento interrumpí a mi paciente para preguntarle: «¿**QUIPUX**? ¿Y qué es eso?». «Es una herramienta informática de última generación –me explicó–

inspirada en un antiguo sistema de escritura que usaban los incas precolombinos». «Ah», le respondí.

Prosiguió:

«Pues hice el tal **QUIPUX** que fue respondido con otro **QUIPUX** en el que, efectivamente, se me explicaba que no se disponía de los basureros solicitados. Con la respuesta en mis manos, llamé de nuevo al Director de Bienes Administrativos para informarle que ya se me había respondido que no tenían los bienes solicitados. Al otro lado de la línea, mi interlocutor me dijo que muy bien, y que ahora se le debe comunicar a él. Eso es justamente lo que estoy haciendo, le aclaré. No, me dijo, debe hacerlo con un **QUIPUX** dirigido a mi persona. Ah, le respondí».

En ese momento, mi paciente, cerró los ojos y permaneció unos segundos en silencio. Decidí esperar a que recobrara el hilo de su relato.

Fue entonces cuando me atreví a comentar sobre si era quizás demasiado excesivo el procedimiento para no más de dos basureros.

El hombre continuó:

«Seguí la instrucción y mandé el **QUIPUX**. Al poco tiempo tuve respuesta –siempre por **QUIPUX**– del Director de Bienes Administrativos, quien demostró agilidad y voluntad de cooperación. Decía su mensaje que había direccionado por **QUIPUX** mi pedido a la Alta Coordinación de Planificación y Programas, a fin de que diera inicio al proceso que corresponde a este requerimiento. Como no tenía idea de este procedimiento llamé al teléfono a la Alta

Coordinación. Me remitieron al Director de Gestiones por Entregables quien, con notorio conocimiento del tema, me dio a conocer que mi pedido debía tramitarse, efectivamente, a través de un proceso que comprendía algunos pasos, muy simples, según me dijo. Fue entonces cuando me atreví a comentar sobre si era quizás demasiado excesivo el procedimiento para no más de dos basureros. El especialista, muy profesional, me explicó que todos los temas deben ser sometidos a ese trámite por disposición específica de la Contraloría del Estado, a fin de preservar el buen uso de los fondos públicos. Además, agregó, todas las adquisiciones de las instituciones deben estar en línea con el Supremo Programa de Desarrollo de la Patria, ¿me entiende? No insistí más en el tema y, más bien, pregunté sobre cómo debía realizarse el procedimiento. Debe, en primer lugar, enviarnos un **QUIPUX** como unidad requirente, en el que se registre detalladamente la justificación del pedido. Junto con la solicitud se deben presentar, debidamente llenadas, la matriz de marco lógico y la matriz de equidad de género, necesarias en todo tipo de procesos. Con eso y en un plazo no mayor de 15 días laborables, la Subdirección de Análisis y Prospectiva deberá elaborar un flujograma que, luego, se deberá presentar para su aprobación a la Dirección de Administración de Talentos. Con esta aprobación, el proceso quedará completado y listo para ser remitido a la Subdirección de Adquisiciones de Bienes No Fungibles, la cual, asimismo en un plazo máximo de 15 días laborables, conformará un comité especial para preparar los términos de referencia del proceso, en coordinación con la unidad requirente. Es un procedimiento simple, me aclaró el eficiente especialista; lo único que tendría que hacer su oficina es conseguir tres proformas para la adquisi-

ción de los basureros. Con eso y elaborados los términos de referencia, la Dirección de Bienes Administrativos procederá a ordenar la publicación del concurso de ofertas en el sitio Web de la institución. Entretanto, la misma dirección deberá solicitar por **QUIPUX** a la Subdirección de Análisis por Procesos que conforme un Comité de Selección para examinar las ofertas que se presenten. Me atreví entonces a interrumpir nuevamente la sesuda explicación, para que se me aclarara de qué se trataba la matriz de marco lógico. Es muy simple, me explicó, allí debe usted registrar con el mayor detalle posible la justificación de la adquisición, exponiendo claramente por qué existe la necesidad de contar con los basureros e incluyendo, de manera referencial, la cantidad aproximada de basura que se estima produce mensualmente su unidad con una proyección estimada para un año. Enseguida consulté cómo podría mi oficina incluir el componente de equidad de género en la justificación para adquirir los basureros. No se preocupe, me dijo el inteligente técnico. Eso es algo de cajón, algo para simplemente llenar el requisito. Ponga cualquier cosa que en eso nadie se fija, basta con que el casillero respectivo esté lleno. Si me permite sugerirle algo, haga constar que uno de los dos basureros estará previsto para ser usado exclusivamente por el personal femenino de su oficina. Así quedaría perfectamente cubierto el componente de equidad de género. ¿No le parece? Ah, respondí».

Mi paciente hizo una larga pausa antes de proseguir. Siempre con la mirada fija en cualquier parte y manteniendo la boca semiabierta, pero esta vez con un extraño balanceo de todo el cuerpo. Identifiqué enseguida el síntoma; se trataba de una afasia de origen somático que suele sobrevenir a

quienes enfrentan una disfunción de la epiglottis. Me tocó atender varios de esos casos mientras trabajé como psicólogo asistente en la selección nacional de fútbol.

«Me propuse entonces elaborar el QUIPUX del que me había hablado el experimentado especialista pero no tuve la suficiente imaginación, lo confieso, para justificar por qué mi oficina requería de dos basureros.»

Para entonces, mi paciente había ya retomado su narración.

«Me propuse entonces elaborar el QUIPUX del que me había hablado el experimentado especialista pero no tuve la suficiente imaginación, lo confieso, para justificar por qué mi oficina requería de dos basureros. Me parecía demasiado elemental y algo tosco decir que los necesitaba para botar la basura. Había que exponer algo más finamente elaborado, más distinguido, si se quiere, que estuviera a la altura del prestigio de mi dirección y de la importancia de sus funciones. Ensayé algunas fórmulas y al fin me decidí por hacer constar que mi oficina había determinado la necesidad de contar con un depósito apropiado, preferiblemente portátil, en donde se pudiera colocar todo tipo de materiales considerados como no utilizables y no previstos como reciclables. Creo que me salió bien el concepto. Envié, pues, el QUIPUX correspondiente. La solicitud de tres proformas me causó problemas. En primer lugar, no tenía mucha idea sobre a quiénes solicitar la información. Mi secretaria vino en mi auxilio para sugerirme que visitara

las tiendas en donde se venden artículos para la casa. Hice lo sugerido. En el primer almacén, la guapa muchacha que me atendió creyó que me estaba burlando de ella al pedirle una proforma para la compra de dos basureros. Le expliqué que era para establecer comparaciones de precios y escoger la oferta más conveniente. Visiblemente enojada, me dijo que me largara y que fuera a otra tienda para averiguar precios. Es que debo tener la información por escrito, le dije. Ahí fue cuando me amenazó con llamar al gerente para que me echara del almacén».

Mi paciente comenzó entonces a temblar. No atinaba a seguir hablando. Constaté, frente a esos síntomas, que experimentaba el conocido fenómeno de las regresiones postcognitivas, que suele ser muy frecuente cuando los afectados no alcanzan a erradicar recuerdos ingratos.

Eso es necesario para que, si la Contraloría llegase a realizar un examen especial sobre la adquisición de los basureros, quedara muy en claro que el proceso tomó en cuenta todas las variables en la ejecución del mismo.

Después de un silencio más o menos prolongado, el personaje continuó:

«Finalmente conseguí las tres proformas para los basureros. Un almacén de artículos importados y objetos de diseñador para todos los usos me entregó ofertas que incluían diferentes características y prestaciones. En un caso se trataba de basureros simples pero diseñados según la decoración del ambiente. Otro, que lucía destacada en

su parte frontal la firma de quien lo diseñó, contenía un depósito para una sustancia que despedía un aroma muy agradable y que podía ser recargada. El tercero –que era el más caro– disponía de un sistema computarizado para advertir con anticipación que el depósito estaba por llenarse. Con esa información me dispuse a continuar con el trámite. Pedí a mi secretaria que entregara las tres proformas a la Dirección de Bienes Administrativos. Los documentos me fueron devueltos porque era necesario que los remitiera por **QUIPUX**. Lo hice. Tocaba ahora que hiciera lo suyo la Subdirección de Análisis y Prospectiva, encargada de preparar el flujograma del proceso. No tenía la menor idea de lo que eso significaba. Cuando pregunté al experimentado Director de Gestiones por Entregables sobre el tema, me respondió que es algo muy sencillo y que los técnicos lo suelen hacer muy rápidamente. Se trata de un historial del proceso en el que se debe incluir el cronograma correspondiente con señalamiento de fechas, un distributivo de tareas y la asignación de responsabilidades. Eso es necesario para que, si la Contraloría llegase a realizar un examen especial sobre la adquisición de los basureros, quedara muy en claro que el proceso tomó en cuenta todas las variables en la ejecución del mismo. Además, eso constituía un entregable que debía registrar la Alta Coordinación de Planificación y Programas. Ah, respondí».

Con una pausa sin contratiempos, mi paciente prosiguió:

«La Subdirección de Adquisiciones de Bienes No Fungibles, a los 15 días, como se me había anunciado, me comunicó por **QUIPUX** que se encontraba lista para, en coordinación con mi oficina, preparar los términos de referencia necesarios para el

proceso de adquisición de los dos basureros. Jamás en mi vida había hecho un cochino término de referencia, así que me sometí a la experiencia y al buen oficio de los técnicos correspondientes. Respondí por **QUIPUX** que mi unidad se encontraba lista para colaborar en la elaboración de los tales términos los cuales –se me dijo– debían contener, aparte de la justificación de la necesidad, la información de cómo se administrarían los bienes a adquirir, qué nivel de importancia iban a tener en el conjunto de muebles y equipos de la unidad requirente y quiénes iban a ser los funcionarios directamente encargados de supervisar que su uso estuviera de acuerdo con el objeto al que estaban destinados y en línea con el Supremo Plan de Desarrollo de la Patria, cosa muy importante, como me subrayó el titular de la Subdirección de Adquisiciones de Bienes No Fungibles. Los términos de referencia debían también contemplar las sanciones previstas por el uso no autorizado de los basureros y un plan pormenorizado para el buen mantenimiento de ellos».

Cerró los ojos un momento el personaje y prosiguió:

«Cumplido el tema de los términos de referencia, correspondía ahora la publicación de la invitación para presentar propuestas, según lo dispone la Ley de Compras para las Dependencias de la Patria. Solicité al Director de Bienes Administrativos que se procediera a ello. Me dijo que debo hacerlo por **QUIPUX** y así lo hice. Me respondió siempre por **QUIPUX** que antes de proceder a la publicación era necesario habilitar la plataforma informática mediante la cual se haría la publicación. Para ello, debía yo solicitar por **QUIPUX** a la Coordinación de Herramientas Ci-

bernéticas que estructurara la plataforma, cosa que, me anticipó, es muy sencillo y rápido. En apenas sesenta días podría estar hecho el diseño y realizadas las pruebas correspondientes. En ese momento volví a cuestionar si la compra de dos simples basureros merecía tanta tramitología. Me preguntó el Director de Bienes Administrativos, algo molesto, que si conocía yo sobre los necesarios pasos que debe seguir un proceso de adquisiciones para evitar la corrupción. Me insistió en que la Asesoría Especializada de la Presidencia de la República para Asuntos Anticorrupción acababa de recordar por **QUIPUX** a todas las instituciones del Estado que todos los trámites deben, sin excepción, sujetarse a estos procedimientos sin importar los montos involucrados. Es una cuestión de principio, me dijo. Los corruptos actúan en todos los niveles, me dijo, y hay que neutralizarlos».

«Doctor, ahí fue cuando comencé a sentir la extraña sensación de que estaba siendo acechado por una entidad maligna».

Fue en ese momento que mi paciente mostró un nuevo síntoma, ciertamente preocupante: movimientos convulsivos de su cabeza y deformaciones en su expresión. Se trataba a las claras de una disociación extraempática. Yo había tratado ya algunos de esos casos. Entendí la causa de esa patología cuando mi paciente me dijo: «Doctor, ahí fue cuando comencé a sentir la extraña sensación de que estaba siendo acechado por una entidad maligna».

No respondí y más bien dejé que el hombre prosiguiera con su relato.

«Solicité entonces por **QUIPUX** a la Coordinación de Herramientas Cibernéticas que procediera a habilitar la plataforma informática. Me respondió su director por **QUIPUX** que lo haría pero que tomaría algo de tiempo pues en ese momento sus técnicos estaban perfeccionando una plataforma especial para realizar y mantener una estadística sobre los actos de corrupción que había perpetrado el régimen anterior bajo el lema de la Revolución Holística. Son tantos, señaló en su **QUIPUX**, que había sido necesario incrementar en diez veces la capacidad del servidor. En el mismo **QUIPUX** se me aconsejaba que adelantara ante la Subdirección de Análisis por Procesos el trámite para la conformación del Comité de Selección de Ofertas. Me pareció bien la sugerencia y tomé el teléfono para hacer la solicitud. El responsable de esa oficina, muy educado, me dijo que con todo gusto pero que hiciera el pedido por **QUIPUX**».

Mi paciente volvió a mostrar y con mayor intensidad los síntomas de la disociación extraempática. Los movimientos de su cabeza comenzaban a ser incontrolables y su expresión se tornaba intimidante.

Pero siguió hablando.

«Hice el **QUIPUX** y, siempre por **QUIPUX** recibí una respuesta en el sentido de que, como responsable de la unidad requiriente, debía también yo integrar el comité, pero que para eso debía previamente certificarme. Ello es necesario, decía el mensaje, pues en este tipo de procesos y para eliminar todo riesgo de corrupción, quienes intervienen en ellos deben estar muy bien inteligenciados sobre las responsabilidades que asumen. La certificación no es complicada, precisaba el **QUIPUX**, dado

que existen fechas predeterminadas para realizar el curso respectivo. La siguiente fecha disponible era en tres semanas».

El hombre, que a los síntomas ya visibles aumentó un sudor profuso, continuó.

«En ese momento, doctor, yo no tenía ya dudas de que un ser maligno me rodeaba tratando de apoderarse de mis facultades. Comencé inclusive a identificarlo. Tenía cada vez más la seguridad de que antes había oído algo de él. Con la poca serenidad que me quedaba repasé en mi memoria lo que hasta entonces había visto y escuchado. Decidí que ya no podía más; resolví dar por terminado el proceso y opté por comprar yo mismo los dos basureros. Así lo hice, convencido de que con eso pondría fin a aquella interminable tramitología y devolvería la paz a mi espíritu. Satisfecho con lo que acababa de hacer, comuniqué telefónicamente a la Subdirección de Adquisiciones de Bienes No Fungibles que desistía del pedido y que se diera por terminado el proceso. Me dijeron que debía proporcionar esa información por **QUIPUX**. Así lo hice y casi en tono triunfal. Recibí de vuelta un **QUIPUX** en el que se me reprendía severamente por la decisión que había tomado ya que, en ese punto del proceso, no era ya posible suspenderlo y era preciso completarlo con la adquisición de los bienes requeridos. Iba a resultar que el Estado compraría dos basureros que no eran necesarios, lo cual plantearía la figura de

malversación de fondos públicos y daría lugar a un examen especial por parte de la Contraloría. Por ello, además, se había ya solicitado que la Dirección de Administración de Talentos abriera un expediente administrativo en mi contra, para así deslindar las responsabilidades que podían atribuirse a la institución».

En ese momento y extrañamente, desaparecieron los síntomas de mi paciente. Guardó silencio por unos segundos al cabo de los cuales comenzó a derramar lágrimas.

«Doctor –me dijo– el ente maligno que me acecha es una realidad. Le ruego su auxilio. Remítame a un sacerdote, se lo ruego. Ya recordé claramente cuál es el demonio que me persigue.»

«Doctor –me dijo– el ente maligno que me acecha es una realidad. Le ruego su auxilio. Remítame a un sacerdote, se lo ruego. Ya recordé claramente cuál es el demonio que me persigue. Es uno de los que menciona en sus testimonios el anacoreta San Macario de Alejandría; es el que asumía diversas formas para tentar al santo, desde un festín para estimular el pecado de gula hasta una mujer desnuda para despertar su concupiscencia. Es uno de los peores, doctor, lea a San Macario. Tiene un nombre aterrador, se llama **QUIPUX**».